

# Recuerdos de familia\*

---

Celia Wu

*La vida no es la que uno vivió sino la que recuerda,  
y cómo la recuerda para contarla.*  
Gabriel García Márquez

I

**M**i madre era una buena surtidora de cuentos y recuerdos; desde niña yo acostumbraba escuchar las reminiscencias de sus años en China. Sus relatos me deleitaban porque provenían de un universo desconocido, pero a su vez me desconcertaban porque me hablaba de un mundo extrañamente lejano.

Nuestras reuniones ocurrían en las tardes; ella solía tejer, bordar, o practicaba caligrafía occidental, a la que le dedicaba gran esmero. A lo largo de los años recogí innumerables historias sobre su país de origen, su niñez, su vida adolescente y estudiantil, las instituciones a las que estuvo asociada, los ritos, tabús y tradiciones con los que creció.

Fue durante mis años en Londres cuando los relatos de mi madre comenzaron a cobrar relevancia. Viví en los sesenta en una residencia para estudiantes graduados en donde tuve compañeras de diferentes continentes. Había varias de origen chino, procedentes de Sudáfrica, Malasia, Hong Kong, Estados Unidos, Canadá y Australia. Era usual que intercambiáramos impresio-

---

\*Los recuerdos están basados en fuentes orales, y para confirmar la existencia de instituciones, costumbres y rituales he recurrido a bibliografía sobre el tema. Algunas veces no ha sido posible encontrar datos requeridos. Igualmente consulté obras generales para la ubicación histórica.

---

nes sobre nuestras vivencias como descendientes de inmigrantes. Solíamos cuestionar nuestra herencia, al tiempo que descubríamos aquellos elementos que habían ejercido influencia en nuestro desarrollo intelectual. Nos preocupaba conocer nuestra identidad cultural y encontrar la forma de conciliar la mentalidad oriental de nuestros padres con el territorio geográfico en el que habíamos nacido. Cuando se trató de los diálogos con nuestros padres, mis compañeras quedaron sorprendidas de los relatos de mi madre y de cómo ella y yo nos embarcábamos en comparar las diferencias y similitudes del mundo de donde ella provenía y en el que yo había nacido.

La secuela de mi experiencia londinense y mi matrimonio con un historiador conocedor y admirador del mundo chino me estimularon y ahondaron mi deseo de adquirir un mejor conocimiento del país de mis antepasados, de extender mi comprensión hacia la historia de la inmigración china en el Perú y de descubrir las razones por las cuales mi abuelo emigró a este país. En este contexto, los acontecimientos que mi madre contaba comenzaron a revelarme su capacidad narrativa y su poder para transmitir sus vivencias. Éstas me permitieron conocer su pasado, reflexionar sobre las vastas diferencias existentes entre su cosmos y el mío, y me ayudaron a definir mi identidad.

Empecé a tomar apuntes tratando de recordar lo que había escuchado desde mi temprana edad. Registré sus memorias, sus evocaciones, sus nostalgias, sus penas y alegrías durante 46 años de vida. Hacía esos registros, a veces apuradamente, temiendo olvidar detalles; otras, conteniendo la tristeza que me embargaba al pensar en su efímera y desaparecida existencia. Junto a estos esbozos, surgieron interrogantes, cuestionamientos, dudas, que me llevaban a concentrarme en sesiones de investigación. En ocasiones, confieso, esas indagaciones las hacía para saciar mi curiosidad o para confirmar la veracidad del hecho; otras, para ampliar mi conocimiento en el tema. Todo esto me llevó a inquirir sobre la historia de los Wu.

En mi búsqueda de nuevas pistas cuestioné a mi padre sobre la tendencia familiar a fomentar la educación y la fundación de colegios; también, al tío Raúl, que me fascinaba y me estremecía con cuentos sobre duendes, espectros, fantasmas, espíritus, genios, apariciones y visiones chinas del siglo XVIII, antes que escuchara yo los de Hans Christian Andersen. Hablamos muchas

veces en Lima y en Hong Kong de sus ilusiones y aspiraciones, de sus días colegiales y de los años que pasó en el Perú. Me refirió cómo su padre y mi abuelo emprendieron la gran aventura peruana de sus vidas. Hasta hoy no olvido los trazos firmes de su hermosa caligrafía, sus expresiones poéticas y la rapidez con que manejaba el ábaco. A mi tío Szi Yip, llamado también Alín y Alí al llegar al Perú, el sacerdote de la parroquia le cambió su nombre por el de Alejandro cuando decidió abrazar el catolicismo, aduciendo que no lo podía recibir en la Iglesia con un nombre islámico. Tenía un gran sentido del humor y ya había pasado de los ochenta años cuando me proporcionó, con gran lucidez y como si lo estuviese viviendo, las impresiones de su primer viaje al Perú, acompañando a su padre, mi abuelo. Su hermana menor, mi tía Ouie, fue hasta 2002 la única sobreviviente de los Wu en Hong Kong y tuvo siempre presente la perpetuación del legado de la familia, del cual me platicó ampliamente. Ella perteneció a una de las primeras generaciones de mujeres emancipadas que ingresó a la universidad en China.<sup>1</sup>

Las conversaciones y los apuntes han contribuido tanto al conocimiento y entendimiento de mis raíces ancestrales como a la definición de mi identidad cultural peruana, afirmada con mi dedicación al estudio de la historia de mi país, el Perú. Quisiera, al resumir por escrito algunos de mis primeros trazos, dejar un legado constructivo, el cual desearía que fuera preservado y enriquecido por las futuras generaciones.

## II

Mi madre nació en 1911 en el pueblo de Kim Long, Taishan (Toisan), centro del clan de los Luy en Guandzhou (Cantón), a escasos años de la fundación de la nueva república. Es en esta región del sur de China donde se observa mucho el sistema de clanes, que establece que los del mismo apellido deben congregarse juntos; en muchos aspectos se asemeja al de los escoceses, quienes reunían a los descendientes de un antecesor remoto.

---

<sup>1</sup> El historiador Jonathan D. Spence señala que la primera mujer que fue a la Universidad de Beijing lo hizo en 1920. Véase Jonathan D. Spence, *The Search for Modern China*, Hutchinson, 1990, p. 311.

A pesar de que mi madre recibió varios nombres en diferentes etapas de su vida (al nacer, al ingresar a la escuela y cuando se casó), ella prefirió el de colegiala, Wei Chen. Cuando firmaba continuó usando su apellido de origen, o sea Luy, signo de identidad que denotaba el clan al que pertenecía, y luego su nombre de pila; forma diferente a la empleada en el mundo occidental, en donde el apellido está en segundo término. En el Perú se le llamó Carmen, nombre que la halagaba sobremanera porque la asociaba a la Virgen del Carmen, por quien sentía gran devoción. Su posterior conversión a la religión a la que sus hijos pertenecían no causó sorpresa a la familia. Conviene señalar que los hijos de inmigrantes chinos, ya sean budistas, confucianos o taoístas, nacidos en el Perú fueron bautizados y recibidos en el seno de la Iglesia católica. Este fenómeno fue una de las características singulares de la inmigración china al Perú y puede atribuirse al deseo cardinal del inmigrante de que sus hijos tuviesen una educación esmerada, aunque preservando su identidad cultural. El hecho de que los religiosos fueran los que dirigían las mejores instituciones educativas era bienvenido, pues los valores morales confucianos se asemejaban a los del mundo católico. Pero no se tomó conciencia de que, al dar ese paso, se inició y hasta se aceleró el proceso de integración a la cultura peruana.

Mi madre tuvo un hermano y una hermana, siendo ella la benjamina de la familia. Su padre era un hombre dedicado al mundo de los negocios, de posición próspera y reconocida; su madre pertenecía al clan de los Choy de Kim Long, Taishan (Toisan). Se refería a su infancia como una etapa muy feliz; creció dentro de un ambiente cálido y de bienestar. En contraste con la generación imperial, Wei Chen perteneció a la república naciente y no estuvo sometida a la costumbre aberrante de los pies vendados y a la de vivir recluida en los confines del hogar, limitada en todos los ámbitos. Sus primeros años los pasó sin contratiempos, protegida, consentida y sin ser severamente restringida por sus padres, abuelos y tíos, quienes acostumbraban rodear a los niños de mimos y gran condescendencia. La inocencia de la infancia y la sabiduría de la vejez, inherentes a estas dos etapas, son muy apreciadas y respetadas en el mundo chino.

Mi madre tuvo una *mui tsai*, o Amuy, o hermanita, que tenía casi su misma edad y cuya labor era acompañarla y servirle incondicionalmente.

Algunas de sus tareas eran asear su habitación, cuidar su guardarropa, estar pendiente de sus movimientos, necesidades y caprichos. El tener la misma edad las volvió compañeras inseparables. Más tarde mi madre sintió cierto sentimiento de culpa, por el estado de servilismo al que Amuy estuvo sometida y que ella consideraba degradante. Recordaba cómo, durante la época del estío en Guangzhoo (Cantón), la falta de frescor causada por el calor tropical, húmedo en extremo, tornaba la atmósfera sofocante e insoportable. La pobre Amuy aliviaba a su ama, refrescándola con un abanico grande y siguiéndola obedientemente por donde iba, hora tras hora.

¿Cuál era la historia de Amuy, cómo llegó a casa de los Luy? Era habitual que los padres de hogares necesitados, generalmente de zonas rurales, vendieran o entregaran a sus hijas en préstamo por un periodo de años, con el fin de resolver la situación de estrechez. Amuy pasó a la tutela de la familia Luy cuando tenía siete u ocho años de edad, para así dedicarse al servicio exclusivo de mi madre. Se acordó que una vez que Wei Chen dejase el hogar para casarse, Amuy cesaría de trabajar y su familia adoptiva se responsabilizaría de esposarla con un buen hombre y proveerla con la dote nupcial. Hubo casos en los que la *mui tsai* pasaba a servir a otra familia o a ser concubina; lo peor era mandarla a una casa de prostitución. Amuy se casó, tuvo varios hijos y continuó en contacto epistolar con mi madre, quien estuvo pendiente de su suerte, sobre todo durante la invasión japonesa a China en la Segunda Guerra Mundial.<sup>2</sup>

Gracias a la holgura económica y al interés de sus progenitores por la educación, Wei Chen gozó plenamente de su vida de colegiala. Evocaba con gusto sus clases, así como su afán de aprender, repasar sus tareas y reunirse a diario con sus compañeras. Un objeto muy significativo de este periodo escolar fue un lapicero que le obsequió su padre y que solía colgar de su cuello con una cadena de oro. Ese lapicero, de material bakelita, de color verde esmeralda con ribetes de oro, que la acompañó al Perú, fue uno de los primeros

---

<sup>2</sup> En *Daughters of the Canton Delta, Marriage patterns, Economic Strategies in South China 1860-1930*, Stanford University Press, 1989, de Janice E. Stockard, se refiere la existencia de la *mui jai*, pp. 27-28, 66-67.

que produjo la firma Parker. Ella lo usaba para escribir sus cartas y lo asociaba a su libertad y a sus días estudiantiles felices.

La segunda institución que jugó gran importancia en su vida fue la Casa de Mujeres o *Neuhjai Nghu*.<sup>3</sup> Ésta era el eje de las vidas de las niñas del pueblo que fluctuaban entre los 13 y 18 años. Las niñas de esas edades se reunían los fines de semana, o durante las vacaciones escolares, con excepción de los días en que se celebraban los festivales, en una casa que pertenecía a un miembro próspero de la comunidad. La propiedad era generalmente una extensión independiente de la morada principal del dueño.

Las jóvenes se juntaban para cantar baladas, leer poesía, pintar, bordar, jugar, repasar sus lecciones y experimentar con recetas de cocina. También se mantenían al día de las últimas novedades en cuanto diseños y colores de las sedas en boga, los bordados más bonitos, las joyas más atractivas que llegaban de Shanghai y Hong Kong. Los chismes constituían una gran distracción, y estas niñas casaderas se enteraban así de la existencia de los varones solteros y de los afanes de los padres por concertar bodas con ellas.

La Casa de Mujeres sirvió precisamente para que las jóvenes escaparan de las inhibiciones y presiones de sus familiares y pudieran disponer de su propio espacio y libertad, en donde la solidaridad entre los de su generación era un factor primordial. Las mayores instruían a las menores sobre tópicos tabúes como la menstruación, la procreación y las relaciones sexuales. Abordar temas sobre sexo era instructivo, dado que estas jóvenes estaban, hasta cierto punto, sujetas al imperialismo del erotismo. Estas reuniones agrupaban también a las *mui tsai* o sirvientas, quienes acompañaban a sus amas y formaban su propio núcleo. Juntas, compartían un mundo secreto, nuevo y hasta conspirante. El colegio y la Casa de las Mujeres fueron los

---

<sup>3</sup> *Daughters of the Canton Delta...* confirmó la existencia de la Casa de Mujeres que perteneció exclusivamente a la región del delta de Kwantung. Esta obra se concentra, como su título lo indica, en sistemas de matrimonios y en la economía estratégica en zonas rurales en una etapa posterior. Más bien, estudia la institución de caridad que albergaba a mujeres resistentes al matrimonio provenientes de todas las clases sociales. También señala que hasta el día de hoy existe en Hong Kong y fue establecida por mujeres que escaparon de la China comunista en los cuarenta.

lugares donde Wei Chen forjó y consolidó sus mejores amistades. Casi todas las jóvenes que fueron sus amigas pertenecían a las dos instituciones que le dejaron recuerdos imborrables. No puedo dejar de pensar en el bálsamo que fue para ella recrear esos años felices desde el Perú, donde hubo sin duda noches largas y tristes como la de todo inmigrado.

La feliz vida de soltera de mi madre fue corta: duró cerca de 17 años. Sus padres tenían decidido su futuro desde el día en que nació. A la mujer en China no se le veía como un miembro permanente de la familia porque su destino era casarse, integrarse al tronco de otra familia y contribuir en su extensión. Su responsabilidad radicaba en asegurar la continuidad de la descendencia, y que fuese numerosa pero sobre todo de hijos varones; el número era importante pues suponía brazos, fuerza de trabajo y extensión de poder, ya fuera en el campo, el mundo empresarial, la política, la burocracia u otros.

Los padres decidían con quién se casaba su hija (y su hijo también) y a cuál clan iba a integrarse. Aquí la inculcación de obediencia filial no daba lugar a disensión; los padres les habían dado la vida y había que retribuir con la ciega obediencia. A la mujer se le obligaba a cumplir la voluntad de sus mayores, proceder con timidez, y a disponer de adaptabilidad y reticencia hacia el sexo opuesto, ya fuera su padre, su esposo o, si viuda, su hijo. Así, la mujer vivía atrapada dentro de un sistema sexual de casta, más duro que el de su propio hogar. El haber nacido mujer en la China de mi madre significaba que no existía como persona y que estaba sujeta a los propósitos de otros. Las mismas máximas de Confucio lo señalaban al declarar que las mujeres eran seres humanos inferiores a los hombres y que la ley de la naturaleza dictaba que ellas no deberían tener voluntad propia.

El desdén hacia la mujer era notorio desde el nacimiento de ésta. En muchos pueblos su cordón umbilical era enterrado fuera de casa; en cambio, el de un varón se preservaba en un frasco bajo la cama de la madre. En numerosos hogares, sobre todo campesinos, se practicaba el infanticidio, el abandono o la venta de bebés del sexo femenino. Una niña era considerada una carga para los padres, pues no contribuía al sustento de los suyos; más bien había que ahorrar para disponer de una dote, y al casarse no dejaba

raíces en el seno familiar.<sup>4</sup> En cambio, el varón aseguraba la supervivencia de su estirpe y reconfortaba las almas de sus antepasados.

Mi madre, que estuvo sujeta al espíritu misógino de la época, tuvo la fortuna de gozar de ciertas libertades. Ella se refería a menudo al trato indigno que se adjudicaba a las hijas mujeres. Entre sus relatos rememoró el caso de un joven ilusionado con el anunciado nacimiento de un posible heredero varón; sin embargo, el hijo que tanto ansiaba fue niña. La aceptó resignadamente y la llamó Mujer, o Mujercita. A su vez, siguió alimentando las esperanzas de que el próximo fuese varón. Al segundo alumbramiento su esposa volvió a tener una niña. Grande fue su decepción, y esta vez no lo ocultó bautizándola con el nombre de Muchas Mujeres. Parece que siguió elevando sus plegarias, empero éstas tampoco fueron escuchadas porque tuvo por tercera vez una niña; devastado, el joven padre la llamó ¡Basta de Mujeres!

No sé cómo y cuándo se acordó la boda de Wei Chen con un miembro del clan de los Wu. Asumo que las familias de los jóvenes se conocían, por ser ambas de las connotadas de la región. Según mi madre, en su elección como futura esposa para el segundo hijo de los Wu, el pater familias, mi abuelo Wu Chiang, jugó un papel primordial y decisivo.

### III

¿De dónde provenían los Wu? Eran naturales de Santin, Sze Yap, uno de los cuatro distritos de Hsinning, que comprendía también Hoiping, Camping y Sunwui y que a partir de 1914 se llamó Taishan (Toisan), en la provincia de Guangzhoo (Cantón). En cuanto al origen de la familia, éste se remonta al siglo XIII. La documentación que está en su poder señala que fue el general Wu quien se estableció en la región al ser recompensado por el emperador por su lealtad y logros. El territorio que recibió lo convirtió en su heredad, estableciendo el clan y gobernándolo con mano férrea y absoluto poder.

---

<sup>4</sup> Véase M. Freedman, *Lineage Organization in Southern China*, Londres, 1958; Olga Lang, *Chinese Family and Society*, Yale Press, 1946; Kenneth Gaw, *Superior Servants*, 1988; Edward J.M. Rhoads, *China's Republican Revolution. The Case of Kwantung, 1895-1913*, Harvard University Press, 1975.

De mis antepasados más cercanos, mi bisabuela Wu, de vida longeva, debió haber nacido en los años cincuenta del siglo XIX. Ella vivió más de 100 años. Recuerdo haber visto de niña una foto suya cuando tenía más de 90; sus incontables arrugas me hicieron pensar que quien llegara a esa edad se parecería a ella. En otra, ella está rodeada de tres mujeres encargadas de atenderla las 24 horas del día; su ceguera y avanzada edad demandaban grandes cuidados. La invasión japonesa de China en los años cuarenta se extendió a la comarca donde habitaba mi bisabuela. La inminente llegada de los soldados victoriosos al pueblo, con fiebre de saqueo y vandalismo, aterrorizó a la población, que huyó despavorida; entre ellas, las mujeres encargadas de mi bisabuela. Esta anciana, ciega y abandonada, tuvo que enfrentar la ira y la frustración de los invasores, quienes demandaban conocer hacia dónde habían huido sus habitantes; estuvo a merced de sus captores, desafiante pero sin forma de defenderse. Este relato lo escuché mucho después, y aun así me conmovió hondamente.

La figura carismática fue la de su hijo, mi abuelo Wu Yichang, recordado con afecto y reverenciado por su labor altruista y su legado en el campo de la educación. Yichang nació en 1877 en Sze Yap, Santin, Taishan (Toisan), bajo el imperio de los manchús, que gobernaban desde hacía 240 años. Una gran foto suya, en sepia, colgaba en el salón de la casa donde crecimos. Esa imagen revelaba a un hombre con gran presencia, carácter y sabiduría. Tenía una mirada benevolente que sus gafas ocultaban parcialmente. Otras fotos lo muestran como una persona muy alta de estatura y vestido con garbo y distinción. Aquí no puedo dejar de mencionar una anécdota. Tenía yo 12 años cuando un día mi madre me entregó un collar de perlas diminutas y dijo: “Éstas son las que tu abuelo no se acabó de comer.” Mi incredulidad fue tal que mi madre tuvo que explicarme que las ingería porque le ayudaban a mejorar su visión. A mi incredulidad se sumó la duda durante muchos años, hasta que leí un libro de viajeros por el Medio Oriente que explicaba que los árabes fueron los que descubrieron las cualidades curativas de las perlas.

Por mi padre supe que Yichang fue un hijo devoto, dueño de tierras y dedicado a los negocios. Él y su primo Wu Tsi Chion se reunían a menudo

para especular sobre la incertidumbre política y los grupos disidentes que se pronunciaron contra los manchús, mientras abogaban por la vida republicana. Los vientos de cambio eran evidentes y la intranquilidad y tensión eran constantes. Chiang, de 35, y Tsi Chion, de 25, compartían ese mismo desasosiego y vivían bajo esa inquietud. A finales del siglo XIX, el poder imperial atravesaba una crisis de suma gravedad; su gradual decadencia era palpable y se presagiaba su desintegración. La rebelión de los bóxers en 1903 demostró el trance en que vivía. Tanto el poder militar como el poder cultural de Occidente constituían un reto al sistema de China. Esto creó un desequilibrio y, al mismo tiempo, despertó en muchos una curiosidad por conocer Occidente y observar su progreso, absorber nuevas lecciones y preparar a sus hijos para un futuro más prometedor y igualitario. La determinación de salir y buscar nuevos horizontes se tornó imperativa.

Las cartas de amigos y parientes que ya estaban en el Perú los alentaban a probar suerte en el Nuevo Mundo. Les hablaban de excelentes oportunidades para el que deseaba trabajar y ampliar sus horizontes. Estos dos hombres decidieron emigrar, vendieron algunas de sus propiedades y dejaron en manos de parientes las restantes; acordaron ir a explorar posibilidades, a trabajar por un periodo con miras a establecer posiciones sólidas. Dos eran sus prioridades: ganar lo suficiente para enviar a sus hijos a la universidad, pues la educación de altos estudios en China en esos días era costosa y elitista, y crear firmas mercantiles en el Perú y vincularlas a otras en Hong Kong, estableciendo de esa manera un sistema comercial internacional.

La oportunidad se presentó cuando el gobierno del Perú, bajo el presidente Guillermo Leguía, y el Celeste Imperio firmaron el tratado Porras-Wu Tin Fang el 28 de agosto de 1909. Por este convenio el Perú favorecía el ingreso de inmigrantes chinos con cierta educación y capital. Las condiciones eran completamente distintas a las de tratados anteriores. El de los años cuarenta, por ejemplo, solicitaba trabajadores para laborar en las islas guaneras y en las haciendas costeñas. Muchos de los chinos que se acogieron a esta invitación provinieron de Guangzhou (Cantón), región sur de China.

Yichang, acompañado de su hijo mayor Szi Yip, de 13 años, se embarcó el 8 de octubre de 1913, después de la abdicación del joven emperador y la

proclamación de la nueva república. Pasados 84 días de navegación, llegó al Perú en enero de 1914, un año mundial dramático por la declaración de la Primera Guerra Mundial. Las autoridades migratorias le adjudicaron a mi abuelo el nombre de Guillermo, similar al del presidente Billingham, que gobernaba el Perú, y a su hijo, el de Alí. En cuanto al apellido se le tradujo fonéticamente. A partir de ese momento Yichang adquirió, además de una identidad, un nombre occidental. En Estados Unidos los nombres que recibieron los inmigrantes chinos fueron traducidos fonéticamente sin recibir un nombre occidental. En México, en cambio, se les otorgaba un apellido occidental que equivalía a su significado en chino. La traducción de Wu equivalía al número cinco, y por lo tanto el inmigrante recibía el apellido Cinco en tierra azteca. El ideograma Wu es efectivamente un cinco, pero siendo un apellido viene acompañado de otro ideograma que denota que es aplicable a la persona, o sea que está humanizado, y representa los cinco elementos del mundo: tierra, agua, metal, fuego y madera.

Guillermo Wu Yichang vivió en el Perú de 1914 a 1933, y durante ese periodo regresó a China en 1923, por unos doce meses, para visitar a su familia y velar por sus propiedades y negocios. En su estancia peruana dejó establecidas dos empresas comerciales, conocidas como G. W. Yichang y Compañía, una en Huancayo, donde radicó de 1916 a 1921, y otra en Lima, que abrió sus puertas el 14 de enero de 1927, catorce años después de su desembarco en el puerto del Callao. Hasta el día de hoy, la firma que fundó en la capital continúa en manos de sus nietos y bisnietos.

Hablar más de don Guillermo requeriría un estudio aparte. Aquí sólo mencionaré que dejó el Perú en diciembre de 1933 y, después de un largo recorrido por el continente europeo, se estableció en Hong Kong. Los designios que él y Tsi Chion tuvieron casi dos décadas atrás cobraron realidad. En el caso de Yichang, sus dos hijos menores, Tsi Wei y Ouie, para entonces cursaban estudios universitarios en las facultades de Leyes y Educación, respectivamente, en Guangdong (Kwangtung). La apertura en la isla británica de la firma Man Sun Long, una empresa de importaciones y exportaciones con vinculaciones en el Oriente, África, Perú y Estados Unidos. Aparte de esto, cada uno de ellos buscó cultivar sus propios intereses.

Yichang se dedicó a obras altruistas; entre ellas, la educación, que consideraba imprescindible en la vida del niño para el desarrollo de sus aptitudes y su formación adulta, y que lo capacitaba a pensar y a enfrentar juiciosamente sus retos. Según mi madre, muchas de sus reflexiones en esa área las registró en sus cartas escritas durante su viaje a Europa en 1934. Su muerte en 1940, a los 63 años, acaecida en Hong Kong y causada por una breve enfermedad, a casi seis años de su regreso del Perú, interrumpió una vida de promesa.

Su inquietud y devoción por la educación se expresó claramente en su testamento, en el cual le pide a mi padre, en representación de sus otros tres hermanos, la fundación de tres colegios en Taishan (Toisan). La falta de recursos, las guerras civiles y el azote del comunismo, con su persecución de terratenientes y capitalistas, paralizó todo intento, y sólo con la atenuación de la política estatal en las últimas dos décadas ha sido posible realizar el proyecto. El fidecomiso creado a la muerte de Yichang, que estipulaba que la quinta parte de las ganancias derivadas de las inversiones y negocios serviría para alcanzar los fines educativos, estuvo disponible. En 1995 se inauguró una escuela primaria en Santón, cuyo edificio fue otrora un colegio nacional importante. Fue necesario restaurar el edificio y adecuarlo a sus fines. En diciembre de 2002 se concluyó la construcción de un colegio de amplias dimensiones dedicado a la instrucción secundaria. En el amplio jardín que rodea al edificio hay una pagoda que alberga un busto de Yichang. Una placa rectangular de bronce, inscrita con caracteres chinos en memoria del benefactor, se encuentra en el interior del edificio, y las dos instituciones llevan su nombre.<sup>5</sup> Su hija Oiue dedicó gran parte de su vida a la realización del sueño de su padre, una misión para la que estaba preparada. Mi padre siguió la tradición familiar en el Perú, donde participó activamente para fomentar la educación de los niños de la comunidad china. Mantuvo el criterio de que los colegios fuesen dirigidos por órdenes religiosas, dada su

---

<sup>5</sup> Jesús Wu visitó los colegios de la familia en 2004 y gracias a sus fotografías fue posible conocer el local del colegio de secundaria que se inauguró en 2004. Las del colegio de la primaria que abrió sus puertas en 1995 me las proporcionó Wu Hoi Oiue.

capacidad y dedicación. El Colegio Juan XXIII, fundado durante los sesenta en Lima, es un modelo de la visión que tuvo.

No conocí a mi abuelo. Sin embargo, su presencia en nuestras vidas fue elocuente. Mi madre, que lo veneraba y compartió sus primeros y más difíciles años en el Perú, fue en cierta medida la que continuó lo impartido por él. Ella insistió en asentar a lo largo de nuestra infancia los valores morales confucianos, el estudio del idioma y la práctica intensiva de la caligrafía china, en sí misma una disciplina. Las clases las impartía un profesor durante varias noches del año escolar y a lo largo de los meses del verano. Las cartas regulares del abuelo escritas desde Hong Kong hablaban de estudio, formación y cultura, y las reforzaba con el envío de cajones repletos de libros, cuentos ilustrados, cuadernos de ejercicios y dibujo, tinta china y pinceles.

#### IV

Para hacer posible el enlace de Wei Chen y Amey, el nombre de soltero de mi padre, se contó con un intermediario, amigo de los dos o pariente de una de las partes, encargado de explorar las posibilidades de una unión matrimonial. No sobra mencionar que la persona encargada de lograr el objetivo recibía en reconocimiento el obsequio de un par de zapatillas, para compensar así el desgaste intensivo de sus idas y vueltas, marchas y contramarchas. Este proceso comenzó meses, años antes, pues la boda tuvo lugar en 1928. En ocasiones ésta se acordaba antes del nacimiento de una criatura o entre niños de tierna edad. El acuerdo establecido por las partes interesadas era de por vida; de ocurrir la muerte prematura, antes de nacer o a temprana edad, de una de las partes, el compromiso contraído se mantenía, y al sobreviviente se le incorporaba al seno de la familia, y si era posible se le casaba con otro miembro.

En una alianza matrimonial se tenía en cuenta el asunto de la consanguinidad. En este caso no hubo problema, pues los interesados pertenecían a clanes distintos. No era admisible una unión entre primos de tercer grado ni entre seres que tuviesen el mismo apellido, aunque no existiese parentesco. En cuanto a las fechas de nacimiento y los signos bajo los cuales habían na-

cido, se consultaban los libros de adivinos para verificar si era favorable. Wei Chen y Amey habían nacido en el mismo mes con escasos días de diferencia. Esa circunstancia fue bien vista. Lo que se tuvo que superar fue la diferencia de edad. Mi padre tenía 25, edad inusual para un novio, porque el varón se casaba habitualmente al cumplir los 20. Era ocho años mayor que mi madre.

Con respecto al calendario lunar chino, había una diferencia cronológica de entre seis u ocho semanas con el cristiano. Para conocer las fechas occidentales de los cumpleaños de nuestros padres, cada año consultábamos a un familiar o a alguien que tuviese un almanaque chino. Otro aspecto que vale mencionar, es que en China al recién nacido se le atribuye un año de edad, o sea que se le adjudica cronología a los nueve meses de gestación. Si naciera al término del año calendario, se le adjudicaría una edad de dos años.

El ajuar de Wei Chen debió satisfacer plenamente a la familia del novio. Según mi madre, despertó muchos comentarios y admiración. El ajuar fue la primera y única herencia que recibió de sus padres, porque al casarse dejó de pertenecer al clan de los Luy. La posición patriarcal en ese sentido se mantuvo inamovible; ni las circunstancias históricas, ni la distancia o el tiempo las alteró. A fines de los años cincuenta Wei Chen era la única sobreviviente de su familia. Su madre y su hermana habían fallecido por la falta de recursos médicos durante la ocupación japonesa en la Segunda Guerra Mundial. Su hermano mayor murió en la ciudad de San Francisco, California, en los inicios de los cincuenta, sin dejar heredero varón; sus dos hijas, al casarse, pasaron a pertenecer al clan de sus esposos. La necesidad imperiosa de perpetuar la descendencia y el apellido hizo que la viuda, con instrucciones del fallecido esposo, adoptase a un varón, de manera que la herencia se le transmitiese, y ésta recayó en un chiquillo de un año de edad. Este niño heredó también los bienes del padre de mi madre, el abuelo Luy, quien murió en Hong Kong poco después de su adopción. Se ignoró la existencia de Wei Chen, la única y legítima descendiente. Aun cuando mi madre había sido condicionada a este sistema hereditario, fue una experiencia dolorosa. Es verdad que al casarse pasó a otro clan, pero jamás renegó de sus raíces familiares. Los lazos que mantuvo con su padre fueron constantes y estrechos. Cuando niña, miraba con extrañeza su devoción para con alguien que no

estaba físicamente con ella, y esperaba con ansiedad las cartas de su padre. Hubo un continuo flujo de correspondencia entre padre e hija. A mi madre le regocijaba recibir sus obsequios, piezas pequeñas de marfil, pinceles para practicar caligrafía china, pinturas, periódicos y revistas.

¿Qué sabía Wei Chen del joven con el que se casaría? Amey era el segundo hijo de Yichang y su esposa Won, natural de Kontin. Había nacido en 1903, en la misma casa ancestral de sus antepasados. Tenía 10 años cuando su padre y su hermano mayor emigraron al Perú. Él se quedó en China con su madre, su hermano menor Tsi Wei y su hermana Ouie, de un año de edad. Mi tía Ouie me decía que se le conoció a Amey como responsable y maduro desde temprana edad y asumió ser el “hombre” de la familia en ausencia de su padre y hermano.

Una experiencia ocurrida cuando tenía 12 años, en 1912, le impactó vívidamente: fue testigo del cambio histórico que se estaba produciendo en China. Cuenta mi padre que estaba recorriendo una de las calles principales de Guangdong (Kwantung) cuando vio a una banda de soldados ingresar a la ciudad galopando y gritando “¡Viva la república! ¡Abajo el imperio!” Con la curiosidad de sus años, presencié cómo estos nuevos reformistas se dirigían agresivamente a la población exigiendo la abolición de las costumbres imperiales, que consideraban arcaicas, retrógradas y algunas hasta aberrantes. Entre ellas estaba la de los pies vendados, asociada a la opresión de la mujer, quien era vista como un objeto puramente sexual. Los soldados entraban intempestivamente a las casas en busca de las que tenían los pies vendados y les rasgaban sin piedad las vendas envueltas alrededor de los pies. Al ser arrancadas brutalmente causaban los gritos desgarradores de las mujeres, acto que espeluznó a un adolescente, quien jamás olvidó ese episodio.<sup>6</sup>

El pie diminuto ejercía una atracción sexual, era símbolo de estilo, clase social y buena familia. A su vez, las posibilidades matrimoniales de la mujer eran mayores. La explicación sociológica estriba en que el vendaje restringía

---

<sup>6</sup> Véase Jonathan D. Spence, *The Gate of Heavenly Peace. The Chinese and Their Revolution, 1895-1980*, Faber & Faber, 1982; John King Fairbank, *China A New History*, The Belknap Press of Harvard University Press, Londres, 1992.

los movimientos de la mujer. Físicamente reafirmaba los ideales rígidos de la virtud femenina y el aislamiento que los neoconfucionistas habían formulado en el siglo XII. Una mujer confinada en su hogar no tenía necesidad de conocimiento, no adquiría experiencia del mundo exterior, y por lo tanto se mantenía ignorante y significativamente inferior a los hombres. Era un modo de subyugación de la mujer y de asegurar el dominio del hombre. Creo que la primera vez que miré unos pies minúsculos, calzando unas zapatillas de seda negra bordadas con flores, fue en mi abuela Won, que apenas caminaba; su posición era hierática y permanecía sentada la mayor parte del tiempo. Ella sobrevivió a su esposo por más de cuarenta años y murió en el Perú, a donde llegó para reunirse con sus hijos, nietos y bisnietos.<sup>7</sup>

La transición violenta y drástica, aunque esperada, de monarquía a república tuvo un efecto traumático en el país: hubo el deseo de romper con el pasado. Entre las primeras medidas se abolió la vestimenta a la usanza manchú, y la trenza larga en los varones. Mi padre dejó todo esto de lado, creció con una generación nueva, de jóvenes expuestos a otro universo de pensamiento y aprendizaje, cerrado a las generaciones anteriores. Prevalecía una intoxicación por las cosas nuevas y exóticas, y un desdén por lo común y lo ordinario. Se produjo un cambio de escenario, un reto a las estructuras y valores, y surgió un espíritu de individualismo. La gente del campo comenzó a invadir las zonas urbanas; no se resignaban a trabajar con los padres.

En 1920, Amey alistó maletas y se fue a ver a don Guillermo al Perú, donde permaneció por espacio de un año. Durante su estancia se familiarizó con los dos establecimientos comerciales localizados en Lima y Huancayo. En 1923, Amey, que recibió el nombre de Alberto al ingresar al Perú, regresó a sus actividades en China, la de supervisar los intereses de la familia y la

---

<sup>7</sup> La práctica de los pies vendados se inició en los años finales de la dinastía Tang o el periodo de las Cinco Dinastías (siglo IX o X). Tener pies diminutos, similares a los de las bailarinas, comenzó a ser emulado por las damas de la corte, y la práctica se extendió hasta las clases comunes en la dinastía Yuan (1271-1368). En el siglo XIX un gran porcentaje de las mujeres tenía los pies vendados; las que retuvieron sus pies naturales eran generalmente las de las clases bajas o miembros de las minorías culturales. Véase John King Fairbank, *China A New History*, The Belknap Press of Harvard University Press, Londres, 1992, y Pang Mei y Natasha Chang, *Bound Feet and Western Press*, Doubleday, 1996.

concertación de la boda por sus mayores. El futuro de los Wu en el Perú y en China estaba siendo considerado. Don Guillermo había decidido radicar definitivamente en China, así como que su hijo Amey asumiese la dirección de sus negocios en el Nuevo Mundo. Consideró esencial que fuese con su esposa, para que lo ayudase en este nuevo riesgo. Esa fue la razón por la cual Yichang se interesó vivamente en seleccionar a la mujer que se casaría con su hijo.

Inicialmente la inmigración china al Perú fue de carácter masculino, y aun cuando más tarde se permitió llevar cónyuges y niños, muchos inmigrantes prefirieron llegar solos. Esto obedecía en parte a razones logísticas, pero también a que muchos confiaban en retornar un día a su país de origen. De los tres hijos varones de Yichang que emigraron sólo Amey llevó esposa. Su hijo mayor, Szi Yip, o Alí, que viajó con Yichang al Perú en 1913, regresó a China en 1921 para sus esponsales, y volvió al Perú tres años después. Su mujer se le reunió pasado un largo periodo. Su hijo menor, Tsi Wei, y conocido más tarde también con el nombre de Eugenio, terminada su carrera de leyes marchó al Perú, dejando a su familia en el hogar patriarcal. Su esperanza de tener a los suyos se frustraron con la Segunda Guerra Mundial. Con la paz rubricada, fue el primer miembro de la comunidad china en el Perú en viajar al Oriente. La travesía se vio interrumpida por las dificultades de transporte y comunicaciones.

V

Los preparativos de la boda de Wei Chen y Tsi Jon comenzaron, y la fecha elegida fue sancionada por los libros de adivinos. En estas bodas concertadas los novios se veían por primera vez el día de las nupcias; ambos estaban plenamente instruidos sobre las historias de los clanes a los que se vincularían. Wei Chen, sin embargo, conoció accidentalmente a su futuro esposo. Cuenta mi madre que un día caminaba airosa en una de las calles principales conversando animadamente con sus amigas cuando se encontró cara a cara con la persona con quien estaba comprometida a casarse. Cundió el desconcierto en ambos y no supieron reaccionar; mi padre enrojeció y cruzó rápidamente la calzada.

Una conversación interminable entre madre e hija fue la de la dote y el ajuar que llevó a su nuevo hogar. En cuanto a lo primero, los Luy aportaron un patrimonio a la familia del novio, que pudo ser tierras, propiedades o dinero en efectivo. Asimismo, prepararon un ajuar para que su hija lo llevase a su nuevo hogar. Su traslado, desde la casa en donde estaba alojada Wei Chen hasta la de su futuro esposo, constituyó un ritual solemne y ceremonioso. Los padres del novio aguardaban el arribo del ajuar. Este evento, al que asistían familiares, amigos y vecinos, se llevaba a cabo días antes de las nupcias y despertaba interés y curiosidad. La calidad de los bienes revelaba el estatus social y económico de la futura esposa y daba lugar a comentarios de lo más variado.

La descripción del ajuar fue un tópico al que mi madre y yo volvimos repetidas veces y siempre debido a mi insistencia. Tenía gran curiosidad por conocer su composición y los más mínimos detalles de su contenido. En el ropero de mi madre descubrí un saco de seda china celeste con diseños de ramas y hojas del mismo color, con cuello alto y cerrado; éste cruzaba y se abotonaba al lado izquierdo con unos adornos acordonados del mismo material. La prenda me fascinaba y solía fantasear sobre la suntuosidad del mundo oriental. Para mi memoria, el ajuar comprendió cuarenta baúles. Las joyas estaban expuestas en bandejas; eran de oro de 24 quilates, que era lo que se usaba. Había collares largos y cortos, brazaletes gruesos y delgados, anillos engastados con piedras preciosas y semipreciosas, broches, alfileres, peines. El jade no podía faltar, pues simbolizaba la pureza, la resistencia y la integridad. Se sumaban perlas, ópalos, turquesas, granates, topacios y otras piedras. Asimismo, una bolsa de monedas de oro, a las que los jóvenes pudiesen recurrir en momentos de crisis. Unos baúles contenían ropa suntuosa de seda de diferente peso y color, unas monocromas, otras con diseños o bordados de flores de cerezo, dragones, bambú, frutos de durazno y con los colores más variados. Cada diseño o color simbolizaba algo vital. La figura del dragón se asociaba a bendiciones, buena suerte, prosperidad y bienestar; el color rojo, a la felicidad; el amarillo, color de la realeza, a la alegría. También había cortes de telas, gruesas y abrigadoras, livianas y frescas, para ser convertidas en sacos, blusas y pantalones; otro grupo consistía en metros y metros de

telas labradas y floreadas para cortinas, mantas, cubrecamas. No faltaban los abanicos de plumas de avestruz y de sándalo. En un baúl especial se encontraba el edredón de novia confeccionado en seda; en otros, toallas, vajilla de porcelana, lámparas, ollas, teteras, adornos, etcétera. A esto se sumaban muebles, sillas, mesitas, canastas de flores, frutas secas y frescas, pasteles y dulces variados. El ajuar no incluía el vestido de novia, de seda roja y bordado con hilos de oro. Esta responsabilidad recaía en la familia del novio, que igualmente asumía los gastos de las recepciones de las nupcias. Me impresioné sobremanera cuando mi madre me dijo que las piezas de porcelana y los palillos de marfil que se empleaban en la cena de bodas debían ser nuevos y que les eran obsequiadas a los invitados.

Cuando mi madre viajó al Perú, salvo dos o tres piezas de joyas y el saco de seda celeste, dejó sus pertenencias en China. Me dijo que fue una decisión deliberada de ambos porque, como se iban a incorporar a un mundo distinto y a una cultura nueva, estaban dispuestos a aceptar el *modus vivendi* del país. Creo que esta actitud la tuvieron muchos inmigrantes chinos que fueron al Perú en las últimas décadas del siglo XIX y contribuyó a una integración más efectiva, a diferencia de los grupos que fueron a otros países.

Mi madre, al casarse y seguir la tradición, se fue a vivir a casa de los Wu y se sometió a la autoridad de sus suegros. Ingresó, por un lado, a un mundo misógino en donde como mujer no existía; carecía de derechos, opiniones y propiedad. Por el otro, estaba curiosamente bajo el gobierno de otra mujer, su suegra. Esta situación que vivió mi madre muestra el rol que jugaba la mujer en diferentes etapas de su vida, la de joven casada inexperta y anulada, y la desempeñada por la mujer adulta, triunfante en su madurez. Mi abuela tenía en su haber perpetuar el nombre del clan Wu, con tres varones y sólo una hija. Ese legado la colocaba en una posición indisputable y de completa autoridad.

Para sorpresa de muchos, la nueva esposa continuó sus estudios en el colegio, y su Amuy o hermanita permaneció bajo su servicio, hechos que exasperaron a su suegra. Wei Chen recuerda cómo tuvo que subyugarse ante los dictados absolutos de alguien que procedía de una generación que, a su parecer, era muy distante y distinta, y quien había estado, entre otras cosas,

bajo la tiranía sexual de los pies vendados. No le quedó sino soportar y callar ante las críticas agudas, manejadas con gran tacto, por alguien que había sufrido trato similar cuando joven. Ella solía contarme cómo su suegra ejercía un control incontestable; exigía que la nuera acatase callada y humildemente los hábitos, costumbres, órdenes, rigores, preceptos, caprichos y obligaciones. La imposición de la autoridad matriarcal se manifestaba asimismo en el deseo de controlar sus medios de expresión y acciones. No era bien visto que mi madre recibiera obsequios y docenas de cartas de sus amigas; desaprobaba sus gustos, sus compras, sus lecturas. Lograr esta sumisión y docilidad hubiera sido más fácil si la nuera hubiese procedido de una clase social inferior.

La convivencia entre suegra y nuera fue relativamente corta porque Wei Chen y Amey, quien tomó el nombre de casado de Tsi Jon, se trasladaron a la colonia británica, en donde él tuvo a su cargo el manejo de los intereses comerciales de la familia y se dedicó a preparar su viaje al continente suramericano. Wei Chen vio al Perú como su destino inmediato, una tierra incógnita. Confiaba en que su traslado sería por cierto número de años y que regresaría a China como lo hicieron su suegro y otras personas. Atrás quedaban sus padres, hermanos y amigas. La separación geográfica, física y emocional era abismal. Quizás ésa fue una de las razones por las cuales se refugiaba en su pasado, un medio para paliar la ausencia de lo querido y su sentido de enajenación.

Mi padre, en su segundo viaje al Perú, marchaba determinado a establecerse definitivamente. Fue y abrazó los dos mundos. Él provenía de una China nueva, republicana, que miraba hacia Occidente en busca de modernidad, progreso y un nuevo orden. La crisis por la que el país estaba atravesando era de magnitud, aunque se asumía que sería transitoria, pues sus raíces, que derivaban de una herencia milenaria de tradiciones y cultura, de sabiduría y grandeza, constituían una base sólida para forjar hacia adelante. En nuestras múltiples conversaciones me reiteraba que había que darle tiempo a China para conocerse, para explorarse a sí misma, para tomar conciencia de su historia, pero también para reconocer sus errores y arrogancia, y para entender otros mundos, como Occidente. Y un día surgirá; será, como dijo Napoleón, el despertar del león dormido.

Al mismo tiempo que le preocupaba la suerte de su país de nacimiento, su interés por el Perú fue constante. Tenía gran curiosidad y avidez por conocerlo y explorarlo. Recuerdo las excursiones domingueras con mis hermanos mayores. Visitamos los Museos de Antropología y el de la República en Pueblo Libre, el de Etnología en la avenida Alfonso Ugarte, y salíamos con frecuencia a las afueras de Lima. Se afanaba en que probáramos todo tipo de comidas, sobre todo la peruana, que le recordaba sus días en la sierra. Nos llevaba al cine, por el que sentía gran afición, y era un apasionado del ballet; asistía a tres o cuatro funciones con el mismo programa e invitaba en cada ocasión a diferentes personas, a mi madre, a sus hijos y a sus dos buenos amigos, don Julio y don Richard.

En 1958 acompañé a mis padres en un viaje largo que incluyó Hong Kong, adonde no habían regresado desde 1929. Volvieron a reencontrarse con familiares, amigos, compañeros de clases. Recorrieron las calles del puerto británico que los inundó de reminiscencia. La China de Mao Zedong seguía inaccesible. En una de nuestras muchas conversaciones, mi padre me confió que Perú era el país al que pertenecía, en donde se arraigó la tierra en donde nacieron sus hijos. A su regreso abrazó la nacionalidad peruana, hecho que causó rotunda extrañeza en la comunidad china, pero que después sirvió de ejemplo a muchos otros.

En 1985, mi esposo, David Brading, fue invitado a China por la Academia de Ciencias Sociales de Pekín. En esta visita lo acompañé, lo mismo que nuestro hijo Christopher, que tenía 12 años. Ir a China en los ochenta constituía un privilegio; la apertura al mundo occidental era relativa después de la destructiva Revolución Cultural. Se tenía la sensación de ingresar a un mundo prohibido, desconocido y misterioso. En el plano personal, estar en Pekín fue vivir dos semanas intensas de emociones. Me invadió cierta euforia; me hallaba en una de las civilizaciones más antiguas del mundo, al mismo tiempo que las imágenes de mi niñez y las voces de mis padres no cesaban de seguirme cuando recorría el Palacio Imperial. Mencioné que crecí en una casa donde la foto del abuelo Yichang estaba en el salón; en una de las paredes laterales había dos cuadros; uno de ellos era rectangular, de metro y medio de largo, y en él el Palacio Imperial se ofrecía en toda su magnifi-

cencia. Mi padre solía referirse a la exquisitez de su arquitectura y a la imaginación creativa china, y mi madre, a la belleza de los árboles y a las flores que otorgaban serenidad al paisaje. Juntos, planeaban visitar esa gran capital y alentaban a sus hijos a conocer la tierra de sus antepasados. Curiosamente, el mundo en el que estaba no me era extraño y fue donde reviví los recuerdos felices de mi niñez y las penosas pérdidas de los seres más queridos.

Otras interrogantes surgieron en esos días: ¿a cuál de los dos mundos pertenecía y con cuál estaba identificada? La respuesta fue clara y contundente. Existe el orgullo de que mis orígenes procedan de una civilización extraordinaria; sin embargo, mis vivencias, mi cultura, mi razón de ser, mis motivaciones, mi estímulo, mi vida misma pertenecen al mundo occidental. Y con más precisión, al país de mi nacimiento y al que mis padres abrazaron: Perú.

El legado que Carmen Wei Chen y Alberto Amey dejaron a sus hijos, cinco varones y una mujer, consistió en el ejercicio del entendimiento de las dos culturas, la china y la peruana, y de su conjugación, con el fin de lograr la armonía y el equilibrio en su existencia. 

Cambridge, mayo de 2006.